



CLARE POLLARD
LAS HADAS MODERNAS

*Traducción del inglés a cargo de Javier Aragón Bellido
e Isabel Márquez Méndez*

IMPEDIMENTA

Para mi marido

Las historias que se escriban sobre esta corte cuando ya no estemos serán mejores y más entretenidas que cualquier novela, y sospecho que quienes vengan después de nosotros no podrán creerlas; pensarán que solo son cuentos de hadas.

LA DUQUESA DE ORLEANS

PERSONAJES / *DRAMATIS PERSONAE*

Durante el reinado de Luis XIV (1643-1715) mucha gente tenía el mismo nombre de pila, así que he marcado en mayúsculas los nombres que uso sistemáticamente para cada uno.

MADAME MARIE-Catherine D'AULNOY

JUDITH, su madre

NICOLAS, su padre

BARON D'AULNOY, su esposo, separado

Charles BONENFANT, su amante, fallecido

JUDITH, hija

THÉRÈSE, hija

FRANÇOISE, hija

BELLE-BELLE, una tití

MIMI, ama de cría

ANNE, cocinera

BERTHE, criada

En el salón

CHARLES PERRAULT

Marie Perrault, su esposa, fallecida

Charles, hijo

Pierre, hijo

Madame Marie-Jeanne L'Héritier de Villandon, conocida como TELESILA, prima de Perrault

MADAME HENRIETTE-Julie DE MURAT
CONDE DE MURAT, su esposo

MADAME ANGÉLIQUE TIQUET
CLAUDE, su esposo
MOURA, su mayordomo
MADAME MIAU, su gata

Charles BRIOU
CHARLOTTE-ROSE Caumont de La Force, dama de
compañía de la Delfina
María Ana de Borbón, conocida como la PRINCESSE DE
CONTI, hija legitimada de Luis XIV

ABATE Charles COTIN
Charles de SAINT-ÉVREMOND

En la corte

REY LUIS XIV
Madame de Montespan, conocida como ATHÉNAÏS, la
amante oficial del rey
MADAME DE MAINTENON, la nueva amante del rey
Jean-Baptiste COLBERT, controlador general de las finanzas
María Ana Cristina Victoria de Baviera, conocida como LA
DELFINA
FAGON, el médico
LA VOISIN, una pitonisa
Gabriel Nicolas de La REYNIE, jefe de policía

1. EL CUENTO DE PIEL DE ASNO, PRIMERA PARTE

— **H**abía una vez un rey omnipotente. Se decía que tal vez fuera el soberano más poderoso de la historia. También se decía, cómo no, que se las ingeniaba para ser justo en tiempos de paz y absolutamente aterrador en tiempos de guerra. Sus súbditos eran felices, sus enemigos temblaban de miedo. Este rey tenía, cómo no, la esposa más encantadora y hermosa que se pudiera imaginar, y su hija era una muñequita adorable. Desde luego, se podría decir que sus vidas eran perfectas.

Así comienza Charles Perrault el cuento de Piel de Asno. Así, también, comienza nuestra historia.

En el salón literario de madame d'Aulnoy, el escogido público de Perrault se inclina hacia adelante en sus asientos para escuchar el inevitable desastre que sacudirá a esta inmaculada familia. Porque lo que subyace a todas las historias es la energía de la destrucción: el impulso de incendiar lo que *es* en aras de lo que *podría ser*. Estamos en los últimos días del otoño, a finales del siglo XVII, durante el reinado de Luis XIV. La reunión tiene lugar en un hermoso salón en la

Rue Saint-Benoît, en París, una estancia lujosa y acogedora con barrocos brocados en rojo coral, cada tejido iluminado por la trémula llama de una vela.

Hace un rato, Charles Perrault ha sido presentado a varios miembros de la élite intelectual que se reúne aquí de cuando en cuando para compartir lo que, en ese momento, todavía se conoce ampliamente como cuentos de Mamá Oca, aunque algunos los llaman cuentos de la cigüeña, o incluso cuentos de Piel de Asno. O quizá ustedes los conozcan por su nombre más moderno, *contes de fées* o cuentos de hadas. Es precisamente madame d'Aulnoy la que ha acuñado este nombre y, al mismo tiempo, quien los ha puesto tan de moda.

Aunque Charles suele tener buena memoria para los nombres, al mirar a su alrededor se da cuenta de que ya se le ha olvidado alguno que otro. Está su prima, Marie-Jeanne L'Héritier de Villandon, apasionada y un poco beata, a quien él no puede evitar adorar pese a que no termina de fiarse de ese rostro ordinario y bienintencionado. Su prima fue su puerta de entrada al salón y espera que sirva para sacarlo de la melancolía que lo abate. Le ha pedido que la llame Telesila en este círculo; se ha puesto de moda tener un nombre de salón y el suyo procede de una poetisa griega que guiaba a los hombres en la batalla. A él todo esto le parece un poco absurdo, pero intenta respetarlo por cortesía.

Mira a su alrededor y ve también a una de las hijas bastardas del rey, la Princesse de Conti, que siempre se sienta con la natural informalidad de la abundancia, como si tuviese las piernas abiertas bajo sus faldas. De piel clara, pelo rubio y un poderoso mentón, no lleva peluca ni maquillaje. Es atractiva, pero más como un príncipe joven y apuesto que como una princesa, y fuma en pipa desenfadadamente.

A la rica heredera madame Angélique Tiquet la reconoce al instante: está repantingada descaradamente en la silla mullida de la izquierda, con su vestido de pastorcita rescatado del cajón de disfraces del salón (pues ha actuado en un cuento anterior), y todavía sostiene el cayado como si fuera un cetro. Angélique Tiquet es la clase de mujer que se desborda de cualquier vestido que se ponga, pese a su edad. Sus labios carnosos están adornados con relucientes granitos de azúcar, y tras ellos asoma un diente podrido. Tiene una gata blanca con un collar enjovado a la que suele llevar bajo el brazo.

También hay un hombre al que, de forma excepcional, han permitido formar parte del grupo: el abate Cotin, sacerdote y escritor mediocre conocido por sus tediosos sonetos. Junto a él, abriendo con furia su fina nariz por la mera presencia del abate, está madame Henriette de Murat, una lengua viperina. También la hermosa y presumida Charlotte-Rose Caumont de La Nosequé —de La Force, eso era—, vestida a la última moda, a quien él reconoce como una dama de compañía de la corte. Los demás, ni idea. Aristócratas menores. ¿Y quién será aquel joven de pestañas largas?

Están sirviendo chocolate caliente y espeso en una preciosa vajilla esmaltada en verde pálido. Después de cada sorbo, las mujeres se pasan delicadamente la lengua por los dientes y el labio superior para limpiarse el bigote.

Esta es la primera vez que Perrault asiste y está decidido a deslumbrar al salón, tanto por el bien de su prima como por el suyo propio. El cuento de Piel de Asno —*Peau d'Âne*— siempre le ha encantado, desde que su niñera se lo contó junto a las ascuas de la chimenea. Él es uno de los cuarenta respetados miembros de la Academia Francesa, ese consejo que se ocupa de la lengua francesa, cuyos miembros son conocidos

como «*les immortels*» por el lema de la Academia, *À l'immortalité* («Hacia la inmortalidad»), y se considera capaz de enamorar a una pequeña audiencia literaria como esta. El cuento debe ser breve y chispeante, una copa de champán que te acabas antes de darte cuenta de que la tienes en la mano.

Los que se toman la molestia de contemplar a Perrault ven a un cincuentón con una peluca castaña que trae a la mente a un hermoso *spaniel*. Muchos dicen que es más apuesto ahora que de joven, con esa cara franca de ojos brillantes y naturalmente risueños. Es uno de esos hombres con verdadero carisma que tienen el don de interesarse por todo el mundo, desde el Delfín hasta el cocinero. Le cae bien a todo aquel a quien dedica unos fugaces instantes de atención, efecto que él reconoce internamente con humildad.

—¡Imaginad su magnífico palacio! —continúa—. Cortesanos de todo el mundo vienen a ver los cuadros de Rubens y Leonardo, las estatuas de Bernini, la suntuosa galería de los espejos...

Esto provoca más risas contenidas, porque los presentes saben que se refiere a la Galerie des Glaces en el fastuoso palacio de Versalles de Luis XIV, una de las maravillas del mundo occidental; galería que el propio Charles Perrault adornó con más de trescientos espejos enormes. Quizá sea la más famosa de toda Francia. Es como la cueva de Aladino plagada de prodigios bellamente iluminados que contemplan una copia tras otra de sí mismos. Pero, con este guiño, Perrault también busca reconocer lo que todo el mundo sabe: que, desde la muerte de su amigo Colbert, ha perdido el favor de Luis XIV. No quiere que nadie piense que es mejor no sacar el tema de Versalles en su presencia. Después de todo, aún tiene una pensión. Está orgulloso de lo que consiguió allí. No es una deshonra pasar página.

Perrault pone mucho cuidado en intercambiar miradas con madame d'Aulnoy mientras habla, deseoso de complacer especialmente a su anfitriona. Su nueva novela, *Historia de Hipólito, conde de Douglas*, lo dejó deslumbrado, y está deseando conocer a la escritora que hay detrás de él, pero hay algo frío y huidizo en su mirada. Por un momento, Perrault imagina un torreón con muros de cristal y a sí mismo como un caballero andante que avanza trastabillando, haciendo esfuerzos por recuperar el equilibrio. No es una sensación a la que esté acostumbrado. Trata de usar un tono desenfadado, pero se da cuenta de que para él es una experiencia nueva e inquietante que lo animen a hablar con frivolidad de reyes y palacios. ¿Es este el motivo por el que cuentan cuentos de hadas en sus reuniones? ¿Para deslizar ideas subversivas en forma de historias para niños, fuera de la vista de los censores?

Pero toda narración oral es una especie de improvisación, requiere cierto grado de descaro, y su instinto le dicta que debe seguir adelante con la trama.

—En los establos del rey había caballos de todas las clases —continúa Perrault—. Y algo extrañaba a los que entraban en los establos, aunque no se atrevían a hablar de ello: el lugar de honor lo ocupaba un horrible asno con dos enormes orejas que se había ganado su puesto cagando monedas de oro en vez de estiércol cada mañana.

Se oyen risas; risas fáciles, es consciente. Los ojos de su prima Telesila brillan con una curiosa mezcla de emociones; él imagina que se está tragando el desprecio que le produce ese tipo de humor, pero aún confía en su habilidad para cautivar al salón.

—Y sucedió que Dios, que nos mantiene alerta mezclando el bien y el mal, permitió que la reina enfermase. Empalideció y adelgazó, tenía los ojos llorosos. Ni los instruidos médicos

ni los charlatanes pudieron acabar con la fiebre. Al final, con su último aliento, la reina le dijo a su marido: «Prométeme que solo te casarás de nuevo si encuentras una mujer más inteligente y más bella que yo». Ella, calculadora y vanidosa, confiaba en que sería imposible encontrar una mujer así, de modo que este último deseo privaría a su marido de volver a casarse. Y lo cierto es que exhaló su último aliento satisfecha, sin la menor sospecha de las terribles consecuencias que tendrían sus palabras. «Por supuesto, amor mío. Por ti, cualquier cosa», sollozó el rey, y ella murió en sus brazos.

Charles traga la saliva que le embadurna la lengua. No va a pensar en eso ahora, en público. No va a pensar en eso.

—Durante varios meses, el rey estuvo desconsolado, pero, con el tiempo, los cortesanos lo convencieron para que se asegurase un heredero, y accedió a casarse otra vez. No sería empresa fácil, sin embargo, porque estaba decidido a cumplir su promesa, ¿y quién podría igualar a su reina en inteligencia y belleza? Solo su hija, a la que cada día adoraba más, con su elegancia estilizada y sus ojos azul cielo. Solo su hija.

»Este pensamiento le rondaba la cabeza, le retorció las tripas. Empezó a apoderarse de él. Solo su hija. Ella era su esposa en miniatura, su esposa regresada. La solución al problema. ¡Solo casándose con su hija podría cumplir la promesa que había hecho a su esposa moribunda! Así fue como un día, mientras ella jugaba a sus pies, él le pidió matrimonio. La princesa rio, como jugando, pero pronto se dio cuenta de que no era un juego.

»“No me asustes, padre.”

»“Es lo que quería tu madre. Su último deseo.”

»“Por favor, no digas cosas tan extrañas”, contestó la princesa, temblando como si una sombra le hubiese pasado por encima.

»Terriblemente preocupada por este giro de los acontecimientos, la princesa fue en busca de su hada madrina, que vivía en una gruta —Perrault lanza una mirada alrededor de la habitación a los ricos paños de coral y los candelabros resplandecientes, e improvisa— de coral y perlas.

El público, en su mayoría femenino, asiente complacido, y sus pálidas pelucas se mueven al unísono como una bandada de palomas a las que se les ha lanzado trigo. Parecen estar de acuerdo en que este es el tipo de lugar donde se encuentran las hadas madrinas. Se oye el sorber de las bebidas, una taza posarse nerviosa sobre un platillo, el crepitar constante de las llamas. El fuego arde un poco más fuerte de lo que le gustaría y Perrault está colorado y sudoroso, pero bajo ningún concepto puede dejar entrever su nerviosismo. A veces, cuando tiene que hablar en público, recurre a la técnica de imaginar a la audiencia desnuda para templar los nervios, pero en este caso —entre tantos especímenes del sexo femenino— cree que eso solo aumentaría la transpiración.

Abre la boca de nuevo.

—«Sé por qué estás aquí», dijo el hada madrina. «Tu corazón está apesadumbrado. Pero las hadas madrinas tenemos nuestros trucos. Estoy segura de que nada podrá ocurrirte si sigues mis consejos. Dile que primero necesitas un vestido exactamente del color del cielo. No podrá conseguirlo.» Así que la joven princesa fue, temblando, a ver a su padre. En cuanto escuchó su petición, él convocó a los mejores sastres y les ordenó que le hicieran un vestido del color del cielo, de inmediato, o los colgaría a todos. Al día siguiente, la princesa tenía su vestido. Era del azul radiante y cambiante del cielo.»

»Entonces, el hada madrina le aconsejó: «Pídele un vestido que sea del mismo color que la luna. Seguro que eso es

imposible”. Pero, ya ven, casi todo es posible cuando uno es el gobernante más poderoso del mundo. El rey convocó a sus bordadores, profirió algunas amenazas y, cuatro días más tarde, el vestido del color de la luna estaba listo; colgado en la oscuridad del armario, incluso irradiaba un brillo fantasmal. “Bueno”, dijo el hada madrina, algo más apurada en esta ocasión. “Probemos otra vez: un vestido tan radiante como el sol. ¿Qué van a hacer, prenderle fuego?” Esta vez, el rey llamó a su joyero y le ordenó que confeccionara un paño de oro y piedras preciosas y le advirtió de que, si fracasaba, lo decapitaría. En una semana, el joyero había terminado un vestido tan deslumbrante que dejó puntitos flotando en la retina de todos los que lo contemplaron.

A Perrault le gusta esta parte del cuento, el patrón que sigue. El ritmo. Le gustan las formas que toman las cosas. Y le gustan los objetos hermosos y refinados: los frescos, los jacin-tos, los relojeros, el mazapán, las alas de las mariposas, los cubiertos y vajillas de oro, las fuentes, los zapatos bien hechos, el canto de los ruiseñores. Es un esteta. A pesar de su decepción en la corte de Versailles, intenta sentirse orgulloso de lo que ha contribuido a crear allí: un lugar civilizado.

Los presentes en la sala escuchan con atención, los tiene cautivados. Continúa con el cuento:

—La princesa sabía que se esperaba de ella que le diera las gracias al rey, pero la palabra se le atascó en la garganta. Una vez más, su hada madrina le susurró un consejo al oído: «¡Ya lo tengo! Pídele una capa hecha con la piel del asno de los establos reales. Él adora a ese asno. O mucho me equivoco o no lo matará por nada del mundo».

»Esta fue su mejor idea hasta el momento, pero no había tenido en cuenta que el deseo del rey de encamarse con su hija ya superaba cualquier otra consideración. El anhelo lo torturaba;

una sensación nueva, dada su posición. Casi inmediatamente, voceó una orden. Unos minutos más tarde, la piel de su asno, aún caliente, yacía ante la princesa, ensangrentada, con sus ridículas orejas, sus dientes prominentes, sus ojos húmedos. “Ya está bien, niña”, dijo. “Mañana nos casamos.”

»Tanto la princesa como su hada madrina quedaron absolutamente aterrorizadas. El hada madrina concluyó que la única opción era que la princesa escapara, oculta bajo la piel del asno. Metió en un baúl las ropas, el maquillaje, los espejos y las joyas de la princesa, le dio una varita mágica y le dijo que tocara el suelo con ella cuando necesitara el baúl. Por lo demás, la niña estaba sola. Así, la mañana en que había de casarse con su padre, la princesa desapareció.

Al decir esto, a Perrault lo invade una sensación fría. De pronto ya no busca la mirada de madame d’Aulnoy, porque se da cuenta —¿cómo ha podido cometer la estupidez de elegir este cuento para su debut?— de que esta es, en parte, su historia. Solo ahora recuerda que, cuando ella volvió a aparecer en la ciudad hace algunos años y abrió un salón, los rumores bullían en los salones de Versalles.

Se murmuraba que el padre de madame d’Aulnoy la casó con el barón d’Aulnoy cuando era una niña por motivos económicos. El barón no era un barón de verdad, naturalmente, sino un libertino y un borracho que había comprado el título. Entonces, tras años de rumores sobre los malos tratos y las humillaciones que infligía a su joven esposa (y después de que ella perdiera a dos de sus tres bebés, pobre niña), fue encarcelado en la Bastilla por traición tras haber manifestado su desacuerdo con el sistema de recaudación de impuestos de la corona.

Pero, tiempo después —aquí viene el giro de la historia—, el barón fue puesto en libertad. Se rumorea que lo habían

acusado falsamente y al final logró demostrar su inocencia. Todo había sido una conspiración de madame d'Aulnoy, su madre y dos hombres (se da por hecho que eran amantes suyos) para inculparlo. Los dos hombres fueron decapitados, mientras que madame d'Aulnoy fue encerrada en una torre con su tercer bebé, recién nacido, y escapó saltando por una ventana.

¿Huyó madame d'Aulnoy disfrazada, igual que Piel de Asno? Y la pregunta que obsesiona a la corte, naturalmente, resurge ahora en la mente de Perrault: ¿por qué, después de todos estos años, se tolera su presencia en París, en pleno corazón de estas reuniones?